

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

La Novela Semanal Cinematográfica



EL HIJO
DE RÓDIGO

FOR
GRETA NISSEN
WILLIAM COLLIER,
ERNEST TORRENCE,
etc.

50 cts.



WALSH, Russell



BIBLIOTECA

Los Grandes Films

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423 A.

EL HIJO PRÓDIGO

(THE WANDERER, 1925)

Grandiosa película,

interpretada bajo el siguiente reparto:

JETHER, el hijo pródigo	William Collier
TISHA, la sacerdotisa	Greta Nissen
TOIA, el perverso	Ernest Torrence
JOSIAS, el patriarca	Tyrone Power
HULDAH, su esposa	Kathlyn Williams
NAOMI, la huérfana	Kathleen Hill
DAAL, hermano de Jether	George Rigas
PHARIS, el capitán marino	Wallace Beery
EL PROFETA	Holmes Herbert

SUPERPRODUCCIÓN

PARAMOUNT

DISTRIBUIDA POR

SELECCINE, S. A.

Prohibida la reproducción.
Ilustrado
por la censura gubernativa.

J. Florio, impresor - Barcelona

EL HIJO PRÓDIGO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

La casa de Josías, patriarca de Hebrón, en tierras de Palestina, estaba situada en un placido lugar, al pie del camino que conducía a la esplendorosa Babilonia, perla de Oriente, embriagada por el vino, la pompa y el poder.

Por ese camino pasaban las caravanas cargadas de púrpura, aljófar y telas riquísimas que se dirigían a los grandes imperios del Oriente.

Extensos terrenos rodeaban la casa en que

se cobijaban numerosos miembros, familiares de Josías o pagados por él a cambio de su labor en la hacienda.

La más completa armonía conducía a todos por la senda llana y perfumada de la felicidad.

Contrariamente a lo que sucedía en la mayoría de los otros hogares, en el fuego que calentaba a Josías y a los suyos no ardían las brasas de las intrigas, las envidias y los odios.

Todo era paz, como si cuanto rodeaba al patriarca reflejase la diáfana expresión de bienaventuranza de su apostólico rostro.

Huldah, la esposa de Josías, era digna compañera suya, el ángel de los lares, la paloma blanca que acogía bajo sus cálidas alas a todos los que componían la gran familia que en aquéllos anidaba.

Sus ojos y sus labios eran inagotables manantiales de dulzura. Tenía lágrimas de consuelo para la desventura ajena y frases de aliento para los pobres de resignación.

Las almas de Josías y Huldah habían sido fundidas en un mismo crisol de ejemplaridad, como buenos siervos del Señor.

Con los dignos esposos vivía Naomi, una huérfana, nacida en la misma tribu.

Sin exagerar los elogios Naomi podía ser señalada como imagen viviente de la castidad. Blanca y suave como una oveja, la pura doncella era la más preciada perla de la agrupación. Educada en idénticos principios que Huldah, era como ésta misma: una bendición para todos.

Las rosas lozanas que se mecen en el jardín de la vida esperando el momento de ser besadas por la ilusión, suspiran cuando pasa el amor, para que el amor se detenga y las acaricie.

A veces ocurre que el peregrino hacia el que se inclina la flor, ofreciéndose con el alma, sigue su camino, indiferente, frío, sin conciencia de que deja, triste y abatida, a la dicha que se le brindaba.

Con Naomi, la gentil flor, ocurría algo de eso.

El corazón de la doncella habíase estremecido de emoción cuando, adolescente ya, ella miróse en los ojos de Jether, el hijo menor de Josías.

Jether no dejó de comprender que Naomi le amaba, y hasta correspondía a su manera a su gran cariño; pero ella quería más, porque su pasión, que ocupaba todo su ser, anhelaba en reciprocidad el mayor afecto del amado.

Y era que Jether era un soñador incorregible y le parecía absurdo limitar su vida a contemplar los lejanos horizontes tras los cuales la vida era mejor que en su tribu.

Por el contrario, Gaal, el hijo mayor del patriarca, pretendía para sí a Naomi, dispuesto a aquilatar sus ansias, cualesquiera que éstas fueren, con las suyas, vislumbrando, en la realización de su matrimonio con ella, un sendero ilimitado de dicha.

Y entre los dos hermanos, Naomi, muy ajena a ello, levantó la maciza valla de la enemistad.

Para Gaal, la doncella era luz que iluminaba y hería a un tiempo su corazón. Para Jether, seguro como estaba de su amor, no significaba, o se le autojaba que no significaba más que un hecho sencillo, del que no debía preocuparse mucho, pues al fin y al cabo terminaría en lo que el azar mandase.

La perseverancia de Naomi en atraerse con sus atenciones especiales, en las que Gaal no tenía participación, a Jether, desesperaba al desdénado, que por esta razón y por otras, interesadas todas ellas, fué alimentando, por despecho, un odio feroz contra su hermano.

Siempre que se le presentaba ocasión de hacerlo, Gaal amonestaba a Jether, abusando de su condición de primogénito, revistiéndose de prerrogativas que no le fueron concedidas nunca por sus padres, que los consideraban a los dos por igual.

Aquel día, cuando el cielo teñíase de gris para anunciar que pronto reinaría el más absoluto silencio en aquellos lugares ya de por sí tranquilos, dijo Huldah a Naomi:

Al atardecer hace frío en las colinas y Jether anda muy mal abrigado. Voy a llevarle esta manta.

Naomi tomó de las manos de su madre adoptiva la prenda de abrigo y repuso:

—Iré yo misma, y regresaré cuando él regrese.

Sonrió Huldah, como sourien las madres que fingen no ver nada y lo ven todo, y ale-

jose la gentil doncella hacia el monte en el que Jether apacentaba un rebaño de ovejas.

Esa era, por lo menos, la misión de Jether, es decir: apacentar el rebaño, pero sus quiméricos ensueños le hacían olvidarse de su deber para trasladarse imaginariamente a otros puntos del mundo.

Tenía la vista fija en la blanca cinta del camino de Babilonia, y las caravanas que con andar cansino y lento se dirigían allá, iban despertando en el joven ansias irresistibles de visitar aquellas lejanas ciudades que jamás había visto.

Estaba cansado ya de apacentar los rebaños todo el día; aquella existencia monótona y rutinaria lo hastiaba, y soñaba con llegar a ser un mercader hábil o un poderoso magnate en una ciudad de anchas calles, grandes edificios y magníficas tiendas tapizadas de sedas y pederías como las que transportaban aquellas caravanas...

Así pasaba horas enteras, preguntando a las silenciosas vallas que velaban densamente la visión de lo que se levantaba tras de ellas, cuándo le sería dable traspasarlas, no ya con

su espíritu inquieto, sino con su cuerpo, para entregarse por entero a un cambio radical de vida.

No oía, mientras duraba su ensimismamiento de iluso, el suave balar de las ovejas ni los ladridos del mastín que impedía su dispersión a distancia.

Y por ello no era de extrañar que, a pesar de la vigilancia del perro, alguna que otra vez se descarrase un número o dos o varios del rebaño, desapareciendo para siempre, al perderse por los caminos o al precipitarse a insospechadas simas.

Nadie hubiera echado en falta en la tribu las ovejas perdidas, de no estar Gaal continuamente al acecho de cualquier pecado, por ligero que fuese, de su hermano.

De un tiempo a aquella parte las distracciones de Jether habían disminuído de cinco o seis cabezas el redil de Josías, y, aquel día, impulsado por la envidia y los celos, ya que había estado espiando a Naomí y la había visto dirigirse al monte para llevarle a Jether la manta de abrigo, habría discusión seria entre los dos hermanos.

Ni los pasos de Naomi distrajerón a Jether en sus meditaciones. Cierta que la doncella, al pisar el suelo, producía idéntico ruido al de un pajarillo que por él saltase.

Jether... — llamóle ella al alanzarlo.

El volvió la cabeza con melancolía y la miró sin inmutarse por su aparición tan repentina como inesperada.

— ¿A qué vienes, Naomi? — preguntóle, levantándose y acariciando en sus brazos un cordillo.

— Cuando cierre la tarde, y eso ocurrirá pronto, tendrás frío. Ten; ponte esta manta. Tu madre me la dió y yo quise traerla personalmente para, caminando más de prisa, preservarte antes del cambio atmosférico que va a producirse cuando agonice el sol.

— Gracias, Naomi, pero soy fuerte y no necesito tantos cuidados. Cuantas más atenciones tenéis todos para mí, peor me siento aquí. La monotonía de los días que transcurren en estos lugares es una carga que abruma mi cerebro.

Pero, Jether, ¿qué es lo que tú quieres? No te bastan nuestro cariño, nuestros mimos y

la riqueza, cada día mayor, de la hacienda de tu padre?

No, Naomi... no me bastan. Ha llegado el momento de decir la verdad, y esa es que ya no me siento con fuerzas para seguir viviendo en esta cárcel de insuperable rutina. Mi temperamento se rebela contra el intransformable aspecto que aquí tienen los seres y las cosas. Mi afán es correr mundo, conocerlo todo, sobresalir de la vulgaridad.

Entre nosotros tienes asegurada la felicidad, Jether. No olvides que el hogar es lo más digno de ser querido y que para que su fuego no se entibie nunca todos los satélites que se calientan a su luz deben dirigir sus afanes a acrecentarlo.

Eso es muy ñoño, Naomi. Un hombre no debe dejarse atar a la columna de lo inmutable, sino que ha de pretender siempre elevarse, ascender lo más posible, para no pasar por el mundo como privado de la libertad, siendo menos que los mismos pájaros, por insignificantes que éstos sean.

Los pájaros, Jether, se dirigen adonde sus

energías les llevan... pero ¡cuántas veces no arrastran el ala, pobrecillos!

—Hay que aprender a ser hombre, Naomi.



—...*Mi afán es correr mundo, conocerlo todo, sobreponerme de la vulgaridad...*

—¿Qué entiendes tú por ello? ¿Que más puede apetecer un hombre, que ser feliz rodeado de comodidades y afectos, y hacer la felicidad de los demás con su convivencia con

ellos. ¿Que más puedes desear, Jether. tú, ya que eres ese hombre?

—Tú no puedes comprenderme, Naomi... Déjame... te lo suplico.

La doncella intentó proseguir su buen sermón al iluso, mas hubo de desistir de ello en vista de la actitud de él.

¿Qué amargura experimentaba Naomi!

¿Por qué Jether no la quería tanto como ella a él?

¡Ah! Si Jether la amase de veras no pensaría en abandonar su casa, ya que el amor sería fuerza suficiente para sujetarle allí para toda la vida sin tener otros ideales que los de la dulce Naomi.

—Bien, Jether — murmuró la doncella —. Yo te di un buen consejo... y lamento que no seamos bastante todos nosotros para retenerle a nuestro lado. Me pesaría mucho que te marchases algún día, porque hemos vivido desde niños como hermanas y como tales nos hemos querido siempre... Toma... Abrigate...

—No tengo frío, Naomi. Puedes llevarte la manta;

Como tú quieras... Adiós... Hasta luego... ¿Tardarás?

—No; que harto estoy ya de mi soledad y no me dejan vivir las tentaciones que en ella me asaltan.

Y al decir esto se tendió de nuevo, vuelto el rostro hacia el camino de sus sueños.

Entonces cabizbaja, pensativa, con la vista clavada en el suelo, Naomi emprendió de nuevo el camino del hogar, llevando consigo la manza que Jether despreció.

El iluso iba a continuar soñando, cuando otro visitante le interrumpió, diciéndole:

¡Salve, mártir del trabajo!

Jether miró en dirección al recién llegado y vió a Gaal.

En el semblante de su hermano leyó el pastor el intento de disputa que le llevaba a su presencia, y aprestóse a replicarle en el mismo tono que el provocador emplease.

—Mientras yo sudo y me fatigo trabajando, — prosiguió Gaal —, tú no haces más que estar aquí tumbado.

—¿Acaso tengo que darte cuenta a ti de na-

da? — repuso Jether —. Si estás contento con tu trabajo, hazlo y déjame a mi tranquilo.

Gaal insistió:

Todos los días perdemos ovejas porque nadie guarda el rebaño... Yo se lo contaré a nuestro padre.

Y, ceñido y malhumorado, se alejó hacia su casa, al tiempo que Josías, de pie en el umbral de la puerta, anunciaba, por medio de un cuerno, el fin de la jornada de trabajo. El silencio se sobresaltaba y el espacio se llenaba de resonancias que los ecos repetían lejanamente.

Entonces los hombres abandonaban el trabajo en los campos y viñedos, y los rebaños volvían al redil, aprendiéndose a la entrada, como temerosos de quedar afuera.

Al llegar a su casa, Gaal dijo al padre:

También hoy Jether ha dejado solo el rebaño... Tiene la cabeza llena de fantasías.

—Buena — contestó el padre, conciliador —; a su debido tiempo yo reprenderé a tu hermano.



Momentos después todos se hallaban reunidos en torno a la larga mesa, y después de la ritual bendición del padre empezó la cena.

Anochece. Desde su sitio, Jether divisó de pronto a lo lejos una caravana que se acercaba; la formaban un soberbio elefante seguido de tres camellos, cargados con su correspondiente palanquín.

Frente al huerto de la casa de Jostias la caravana hizo alto.

Descorrieronse las cuerdas de uno de los palanquines y Tola, un hombre de rostro repulsivo, asomó la cabeza al exterior, exclamando con forzada sonrisa:

—¡Hola!... Somos siervos de la sacerdotisa Tisha... ¿Queréis darnos albergue?

Al oír esas palabras, Jostias, que nunca negara albergue a quien lo necesitó, frunció el entrecejo y ordenó a Jether:

—Esas gentes adoran falsos dioses... Vete a decirles que en la posada encontrarán albergue.

No se equivocaba Jostias al juzgar a aquellos desconocidos.

Tola, el hombre de rostro repulsivo, era un



...y después de la ritual bendición del padre empezó la cena.

individuo sin escrúpulos que, bajo la apariencia de un honrado mercader, no tenía otro oficio que el de acompañante y administrador "desinteresado" de Tisha, la sacerdotisa de la diosa Ishtar, una tentadora cortesana de la-

bios de fuego y ojos de insondable misterio.

Jether salió para cumplir el mandato paterno y mientras se hallaba hablando con Tola, la engañadora mujer de fuego y hielo asomó su linda cabeza.

Al ver al joven, su ojos adquirieron mayor brillo y su boca de tentación se estremeció de deseo. ¡Lindo muchacho!

Jether advirtió la presencia de la hermosa mujer y, deslumbrado por su fascinadora hermosura, quedó turbado y confuso. Ella, en cambio, le envolvía en sus miradas provocativas llenas de promesas...

Y la caravana reanudo su marcha.



En la mejor pieza de la posada, Tisha, sentada sobre mullidos cojines, en el suelo, permanecía como sumida en honda preocupación.

Tola se le acercó y le preguntó:

—¿Qué tienes? ¿En qué piensas?

—Estoy pensando en aquel mozo que nos dijo que aquí podríamos encontrar albergue.

—¡Ah, vamos! Veré si se hace algo.

Y, siempre dispuesto a complacer a su dueña, fué a sentarse a una mesa, al lado de un buen hombre que estaba cenando.



...la engañadora mujer de fuego y hielo asomó su linda cabeza.

Entablada la conversación al punto, Tola preguntó al desconocido:

—¿Podrías decirme quién es un muchacho de rostro imberbe y pelo ensortijado que vive en la casa que está a la orilla del camino?

—Es Jether, el hijo de Josías. Las tierras de su padre valen mucho, y algún día el tercio de la hacienda de la familia será suyo.

Va no necesitaba saber más el astuto pseudo-mercader; y cuando se disponía a mandar llamar al muchacho, éste, que había huido de su casa, inconscientemente, fascinado por los encantos de la hermosa mujer, presentóse en el umbral de la posada.

Gratamente sorprendido, Tola fué a su encuentro y lo recibió con suma amabilidad, procurando vencer la natural timidez que se observaba en la actitud del joven.

Tisha, sin disimular su satisfacción, llamóle a su lado; y momentos después Jether no era más que un insecto prañido en la telaraña de seda y oro de la sacerdotisa...

CL

Alborcaba. Las primeras luces del amanecer luchaban por vencer las densas sombras de la noche, cuando Jether abandonaba la posada.

El perverso Tola lo detuvo a la puerta y le dijo:

—Joven afortunado, Tisha te ha ofrecido su amistad y su confianza... ¿No te gustaría unirte a nuestra caravana cuando salgamos, dentro de unas horas?

Esta proposición hizo meditar al muchacho. ¡Oh, su sueño dorado! ¡Partir con la caravana hacia las grandes ciudades tantas veces soñadas! Y, además, en compañía de aquella mujer tan seductora, tan complaciente... En verdad, la ocasión era magnífica...

Y Jether prometió volver.

Ya se había alejado unos pasos cuando Tola lo volvió a llamar para decirle:

—Escucha; tendrás necesidad de dinero... Si pudieses obtener de tu padre la parte de la herencia que te corresponde... ¿entiendes?... Sin dinero no se va a ninguna parte...

—Sí... claro...

Y Jether se alejó definitivamente, obsesionado por aquella proposición.

En la puerta de su casa, Jether encontró a su hermano, que le preguntó a hora de jarro:

—¿Dónde has pasado la noche?

—Y a ti, ¿qué te importa?

—¡Holgazán! ¿Acaso pretendes pasar las noches en vela y los días durmiendo?

Al oír la ofensa, Jether, en un arrebato de cólera, se abalanzó a su hermano, al tiempo que su padre salía de la casa.

—¿Qué es eso, Jether! — exclamó, severo.

—¿Gaal quiere que le obedezca, y yo no estoy dispuesto a someterme a sus órdenes!

—Has hecho mal en levantar la mano sobre tu hermano... ¡Pídele perdón!

Malhumorado y con visible embarazo, Jether repuso:

—Ya que aquí sólo recibo disgustos y represiones, me marcharé a otra parte.

El semblante del padre se oscureció al oír estas palabras. ¿Marcharse, su hijo?

Este continuó:

—No pueda seguir aquí más tiempo... Dame la parte de tus bienes que me pertenece y déjame partir.

—No; eso no. Vete si ese es tu deseo, pero sólo te dará tu parte cuando tengas edad suficiente para emplearla juiciosamente.

Decidido a toda costa a marcharse, Jether fué en busca de su madre, a quien suplicó.

—Madre, procura convencer a mi padre para que me dé la parte que me corresponde... Quiero unirme a la caravana que está a punto de salir de la posada.

—Pero, hijo mío — repuso la buena mujer —; ¿por qué quieres irte? Tú no sabes los peligros de que está sembrada la ciudad... Echarias de menos nuestro cariño... No te vayas...

—No te preocupes, madre; iré a la ciudad en compañía de un rico mercader... Con su ayuda llegaré a ser un hombre poderoso...

Y añadió:

—Madre, estoy ya decidido: con mi patrimonio o sin él, iré a la ciudad.

El padre oyó estas últimas palabras, y comprendiendo claramente que todo intento para

disuadirlo de su determinación sería completamente inútil, exclamó, colérico:

—Te daré lo tuyo, ¡pero no quiero que jamás vuelvas a pisar esta casa!



—...Vete, si eso es tu deseo, pero sólo te daré tu parte cuando tengas edad suficiente para emplearlo juiciosamente.

Entre tanto, en la posada la caravana se disponía a partir.

Viendo que Jether no llegaba, Tola dijo a la sacerdotisa:

—Vete a la ciudad, que yo me quedaré aquí y te lo llevaré.

Y Tola quedó aguardando en la posada.

Josías y su esposa prepararon en pocos momentos el equipaje de su hijo, que se reducía a dos cofres conteniendo las monedas de oro y una manta.

En el momento de partir, su padre no quiso despedirse de él y le negó la bendición. Esta actitud desconcertó un tanto al muchacho; pero reaccionando al recuerdo de su sueño, dio media vuelta y fue a besar a su buena madre. Esta, que se deshacía en amargo llanto, sólo pudo articular, al tiempo que lo besaba con suprema ternura:

—¡Oh, Señor! ¡Rumina a mi hijo!... ¡Guía sus pasos y devuélvemelo pronto!

Junto a la verja del patio, Naomi, la dulce Naomi, esperaba resignada el momento de la separación, pero en su semblante se leía claramente el dolor que mordía su alma.

Jether debió de advertirlo, pues en un tono más cariñoso que de costumbre, le dijo:

—Naomi, cuando vuelva, tú también estarás orgullosa de mí, pues seré rico y alabado por todos.



—¡Oh, Señor! ¡Humbra a un hijo! ¡Guía sus pasos y devuélvemelo pronto!...

Y montando en un asno se alejó hacia la posada, donde Tola le esperaba con visible impaciencia, recibéndole con grandes muestras de alegría al comprobar lo bien repletos que estaban los cofres.



Después de muchos días de camino, Tola y Jether llegaron a las puertas de una ciudad rodeada de altísimas murallas.

Allí la vida de los poderosos era una orgía continua en medio de una absoluta despreocupación.

Pero no faltaba en ella un profeta llegado a través del desierto que no se cansaba de predicar en plena calle, recomendando con cálidas palabras llenas de fe la necesidad de contener aquel desenfreno.

Tola y Jether pasaron cerca del profeta cuando éste exclamaba:

—...¡Y llegará un día en que vuestros falsos dioses os abandonarán y la ira del Cielo caerá sobre vosotros!

—Ese hombre es un loco — dijo Tola al joven muchacho —. Se llama a sí mismo profeta. Pero ya vea: nadie le hace caso.

Y, efectivamente, la gente iba y venía a su alrededor, sin escucharle, indiferente a sus

predicas. A lo sumo, algunos se paraban un instante, pero al momento seguían su camino, tomándolo por loco.

Pero el buen profeta había adivinado el motivo de la presencia en la ciudad de aquel doncel pueblerino que seguía mansamente los pasos del perverso mercader. Y así, fué en su seguimiento dispuesto a intentar su salvación.

Llegados frente a un gran bazar, punto de reunión de los mercaderes de la ciudad, Tola apeóse de su camello, invitando a Jether a hacerlo de su rucio.

Antes de entrar en la tienda, el primero dijo:

—Quédate aquí mientras yo voy en busca de un hombre de confianza que quede al cuidado de los equipajes. Luego entraremos los dos y podrás comprar vestidos y demás efectos que te hagan falta... Y, sobre todo, guarda tu oro con cuidado, que aquí abundan los ladrones.

Y esto diciendo, desapareció en el interior del bazar, donde era conocido por todos los mercaderes.

—¡Hola! ¿Tú por aquí? ¿Que se te ofrece?

—Pues, mirad: os traigo un cliente con mucho oro... Luego entraremos a comprar...



Y, sobre todo, guarda tu oro con cuidado, que aquí abundan los ladrones.

Ahora, lo que necesito rápidamente es un criado que tenga buenas piernas.

—Bien; lo tendrás en seguida.

El criado pedido se presentó al instante.

Tola le dijo:

—Vete al templo de Ishtar y dile a Tisha que aquél a quien espera ha llegado ya.

Entre tanto, fuera, a la puerta del establecimiento, el buen profeta, que había alcanzado a Jether, le decía:

—¡Vuelve a tu casa, porque delante de ti está el camino que ha de perderte!

Pero Jether, deslumbrado por las falsas promesas de Tola, le respondió:

—No temas; tengo aquí un amigo, un rico mercader, que sabrá conducirme entre los peligros.

Tola salió del bazar, cortando la conversación entre el profeta y el joven.

Seguidamente entró con Jether en la gran tienda, donde los mercaderes poseían en abundancia joyas y telas riquísimas.

Mientras, el criado enviado por Tola llegaba a presencia de Tisha y le decía:

—Tola os manda saludos y me encarga os diga que aquél a quien esperáis ha llegado ya.

Esta noticia causó vivísima impresión en el ánimo de la sacerdotisa quien, sin disimular su inmensa alegría, ordenó a sus criados:

—Traedme mis mejores joyas; perfumad-

me todo el cuerpo... ¡Hacedme tan bella como la diosa de Ishtar!

Y en la tienda, Tola seguía, incansable, en



—¡Vuelve a tu casa, porque delante de ti está el camino que ha de perderte.

su tarea de embellecer al joven Jether, que iba de sorpresa en sorpresa, maravillándose ante tantas sedas y piedras preciosas.

Y como cobraba buenas comisiones sobre las compras, le alentaba diciéndole:

—Haces bien en vestirme como un Príncipe, pues esta noche te hallarás entre los Príncipes de la ciudad.



Ante las puertas de los jardines del templo de Ishtar, donde Tisha reinaba sobre los adoradores de la deidad pagana, el buen profeta se acercó de nuevo a Jether para decirle:

—No pases estos umbrales, porque esa maldita mujer te arrojará al abismo...

Pero Tola, siempre vigilante, no le dejó continuar y de un fuerte manotazo apartó al apóstol, diciendo al muchacho:

No hagas caso a este profeta... Bebe mucho y no dice más que sandeces...

Y como las monumentales rejas del Templo habíales franqueado la entrada, el mercader cogió de un brazo a Jether y lo arrastró materialmente hacia el interior de aquel Palacio de mármol y seda.

Atravesaron infinidad de aposentos a cual más lujoso.

Jether se extasiaba ante tanto lujo y tanta riqueza.

Varias veces había visto el muchacho, en sueños, palacios dorados y soberbias mansiones; pero aquella realidad tangible que ahora le maravillaba, superaba, y de mucho, todas sus locas fantasías.

Y todo se lo debía a Tola, a aquel amigo que guiaba sus pasos. ¡Buen hombre!

Y Jether iba poniendo en el astuto mercader una confianza llena de agradecimiento.

De pronto Tola paróse ante los ricos cortinajes de una estancia guardada por dos negros atléticos.

Oyeme — le dijo a su joven protegido —; hemos llegado en lo más recóndito del templo de la deidad pagana. Aquí encontrarás a la mujer que deseas... Si quieres conservar su amor, no le niegues nada; sé complaciente y espléndido con ella... y conmigo también... ¿Estamos?

—Descuida; saldré ser agradecido.

Entonces Tola abrió las cortinas y penetró en los aposentos privados de Tisha, seguido por el muchacho, que temblaba de emoción.

A su vista se ofreció un espectáculo deslumbrador.

La bella sacerdotisa, coquetamente envuelta en vaporosas gasas que dejaban sus carnes blancas al descubierto, trenzaba febrilmente en el centro de la estancia los pasos de una danza llena de contorsiones y estremecimientos voluptuosos.

A su alrededor, varias mujeres semi desnudas la imitaban formando un círculo.

Al distinguir a los dos visitantes, Tisha hizo cesar la música y despidió a las bailarinas.

Aquellos se acercaron entonces, y el mercader dijo, poniendo una mano sobre el hombro de su amigo:

—Tisha, aquí tienes a tu joven adorador. El no puede vivir sin ti... ¡Que los dioses protejan vuestra pasión!

Y marchóse, frotándose las manos de satisfacción. ¡Había hecho un bonito negocio! El pájaro ya estaba en la jaula.

II
**

Transcurrieron varios días de indescriptible placer.



—Tisha, aquí tienes a tu joven adorador...
El no puede vivir sin ti...

Jether vivía una existencia de lujo y de molice que le embriagaba; además, las continuas libaciones y las pródigas caricias de

aquella hembra tan complaciente anulaban en él toda vez que hablara de deber y de cordura.

Porque al principio Tisha también se sentía irresistiblemente atraída hacia aquel adolescente que la miraba con una timidez mezclada de deseo y que por ella había abandonado su hogar, sus padres...

Pero, una vez satisfechos en ella sus primeros arrebatos sentimentales, surgió de nuevo la mujer codiciosa de costosos obsequios y regalos valiosos.

Y Jether, atento sólo a complacer al objeto de su pasión, iba derrochando su oro a manos llenas con nuevos presentes y también con liberales dádulas al perverso Tola.

Sin embargo, aun tenía el joven conciencia de sus actos, pues cuando la caprichosa sacerdotisa le invitaba a adorar a su ídolo de marfil, Jether se oponía rotundamente a obedecerla.

—Ya ves que por ti lo he hecho todo, pero no quiero adorar a la diosa Ishtar — dijo,le, cierta vez, el muchacho.

—Si tú me quisieses, la adorarías... ¡Es tan

poquito lo que te pido!... — respondió ella.

Y, como una serpiente, se enroscaba hasta los brazos del ídolo gigantesco, al que acariciaba voluptuosamente...



Y Jether, atento sólo a complacer al objeto de su pasión, iba derrochando su oro a manos llenas con nuevos presentes...

Entonces Jether se le reunía, inflamado en loca pasión, excitándola con sus besos...

Pero, ni en aquellos momentos logré nunca la caprichosa mujer que Jether adorase a su iliosa.



Y, como una serpiente, se enroscaba hasta los brazos del idolo gigantesco...



Los días del placer son cortos, y su fin llega velozmente.

Así las cosas, arribó a aquella mansión del

vicio, P'taris, un afortunado capitán marino que se dirigía de noche a lugares secretos y regresaba de día con cargamentos valiosos, dignos del rescate de un Rey; en una palabra: un capitán pirata.

Era más rico que muchos reyes, y venía dispuesto a disfrutar plenamente de su inmenso tesoro.

Tola, que le olfateó al instante, se puso inmediatamente a sus órdenes, ofreciéndosele como guía en medio de aquel torbellino de locura.

Viéndole extasiado en la contemplación de unas hermosas mujeres, el mercader se le acercó y le dijo:

—Bonitas mujeres, ¿no?.. Pues... eso no es nada... Tus ojos no han conocido aún lo que es la belleza... Ven conmigo y te presentaré a una mujer más hermosa que las hijas de Ishtar.

Y, cautelosamente, Tola condujo al marino a las habitaciones íntimas de la bella sacerdotisa.

Entretanto Jether, que había gastado casi todo su dinero, buscaba en el juego un medio

de "reponer fondos"; pero la fortuna se le mostraba adversa y después de unas horas de vanas tentativas, regresaba, malhumorado, al lado de Tisha.

Procurando que el muchacho no advirtiera la presencia del capitán marino — que en aquellos momentos dormitaba en la alcoba—, Tisha le recibió con los brazos abiertos, fingiéndole un cariño que realmente no sentía.

El joven se fijó en sus manos y exclamó:

—¿Quién te dió esta joya? ¿No es regalo mío?

Efectivamente, la veleidosa mujer llevaba una de las muchas sortijas que le acababa de regalar el capitán Pharis.

Como tú ya no me regalas nada, bien he de buscar quien lo haga — contestóle ella con un molín un tanto desdenoso.

—¿No piensas más que en acumular oro! — objetó el muchacho, visiblemente disgustado. — ¡Yo quiero que me quieras por mí; no por mis dádivas!

Y, cabizbajo, se alejó de allí para llorar aquel desengaño.

En medio de su meditación, ocurriósele de

pronto una idea luminosa: Tola, su buen protector, le sacaría de aquel apuro.

Fué en su busca y le dijo:

—Tola, te he dado mucho oro, y ahora lo necesito para mí. Dame dinero, pues mis cofres están vacíos.

El rostro del hipócrita mercader dibujó una mueca de desagrado; pero al instante se dominó y, con aquella sonrisa que le era peculiar, dijo a Jether en tono confidencial:

—Mira, muchacho; oro no tengo, pero aquí traigo una cosa que de seguro te hará ganar mucho en las mesas de juego.

Y esto diciendo, mostraba al joven unos dados falsos que siempre quedaban en la misma posición al hacerlos rodar sobre la mesa.

Jether se rebeló contra aquella inmóvil proposición. La voz de los buenos instintos gritaba en su interior, oponiéndose a aquella bajez.

—¡No! — exclamó—. ¡Yo puedo ser un loco, pero no seré nunca un ladrón!

—¿Caramba, chico, no hay para tanto! Naturalmente que no es muy noble, pero, ¿qué le vamos a hacer? Tú necesitas dinero y aquí

nadie te lo puede proporcionar... Piensa que sin oro Tisha te despreciará... Además, este medio es infalible, y, por una vez nada más, ¿quién se va a dar cuenta?

Y, con palabras convincentes, Tola iba venciendo los escrúpulos del joven, que, insensiblemente, acabó por ceder, dejándose conducir a la mesa de juego.

Se despojó de los pocos collares, brazaletes y anillos que le quedaban, y, con los dados falsos con que previamente Tola había substituido los buenos, hizo la jugada.

Ganó. Nadie se dio cuenta del engaño.

Alentado por la victoria, jugó de nuevo y también ganó.

Y así, sucesivamente, dos veces más. Hasta que uno de los jugadores, sin duda alguna escarmentado de otras veces, tomó los dados y los examinó, descubriendo el fraude.

Levantóse, amenazador, y dijo, dirigiéndose a Tola:

—¿Ves?... ¡Es un tramposo, y tú lo trajiste aquí!

—¿Yo, pobre de mí? — exclamó el sordo mercader con tono plañidero—. ¿Que los dio-

ses me castiguen si yo lo sabía!... ¡Perdonadme por haber concedido mi amistad a ese granuja creyéndole honrado!

Y ante el tono de sinceridad que Tola imprimía a sus palabras, los jugadores le emprendieron contra el azorado joven, arrojándolo de la sala a bastonazos, desoyendo sus débiles protestas.

Es lo que deseaba Tola. Ahora que ya no tenía dinero, ¿de qué le servía Jether?

Y fué entonces cuando Jether empezó a ver claro en todo aquel caos de corrupciones. Sus ojos comenzaron a abrirse a la verdad, y, en un impulso de su temperamento juvenil fué en busca de Tisha y la interpeló iracundo, al encontrarla con Pharis, confirmando así sus sospechas:

—¡Me he percido por tu culpa, mujer mal-dita! ¡Tú has hecho de mí un libertino y un tramposo!

Ante esas palabras, aquella mujer, que no toleraba sino halagos y obsequios, exclamó, airada:

—¿Esas tenemos? ¡Ya hace tiempo que es-

toy cansada de ti! ¡Ea, vuelve ya con tus ovejas y tus perros!

Iba Jether a abalanzarse a la sacerdotisa, pero ya los dos criados negros lo tenían cogido fuertemente, uno por cada brazo, imposibilitándole todo movimiento.

Viéndose impotente para agredir, Jether comenzó a vomitar maldiciones e improperios mezclados de gritos roncacos contra la sacerdotisa.

Esta, roja de ira, con las pupilas encendidas por la venganza, ordenó:

—Apaleadle y arrojadle a la calle! ¡No sé cómo he esperado tanto a hacer esto!

Y la orden fué cumplida.

Agotado, desnudas las carnes, sobre las que había caído el látigo trazando rojos surcos de sangre, quebrantados sus huesos y humillado, lo encontró el profeta, que nunca se apartaba mucho de la entrada del templo.

Al instante adivinó toda la cruel tragedia con que el Destino quiso desengañar al pobre muchacho.

Lo recogió con solicitud y lo condujo a su casa, donde con maternal cuidado le curó las

heridas de su cuerpo depauperado, mientras procuraba asimismo sanear su alma con palabras de bondad y de fe.



Viéndose impotente para agredir, Jether comenzó a vomitar maldiciones e improperios contra la sacerdotisa...

Entretanto, como agitada por un presentimiento funesto de esos que sólo parecen reservados a la fina intuición de las madres, Huldah, la pobre madre de Jether, rezaba con

inusitado fervor, allá en su casa de donde huyó la alegría al huir su hijo.

—¡Oh, Dios mío, ilumina a mi pobre Jether!... ¡No lo abandones!



Pasaron algunos días.

Durante su convalecencia, Jether parecía dispuesto a olvidar su pasado y a regresar a su casa.

Pero con la salud y la fuerza revivieron de nuevo en él los imperiosos deseos de volver a ver de cerca a aquella mujer voluptuosa y sensual que le tenía fascinado con sus encantos irresistibles.

Y fueron inútiles los ruegos del buen apóstol. Aquel sentimiento era más fuerte que su voluntad.

Aquella noche, la ciudad pagana adoraba a la diosa Ishtar en medio de una orgía desenfrenada.

Hombres y mujeres se mezclaban en innume-

da confusión, elevando a su ídolo de metal plegarias y cánticos sensuales...

El vino corría abundantemente, y los poderosos de la ciudad, caídos sus cuerpos en aquella mollicie, sentían despertar sus instintos a los deseos más torpes.

Tisha, la más bella, era también la más loca en el desenfreno.

—¡Abrid las puertas del Templo y decid a todos aquellos que quieran adorar a Ishtar, que acudan a este festín! — ordenó.

Y las puertas del Templo se abrieron; y un río humano, deseoso de gozar por unas horas de los fáciles placeres que allí se saboreaban, penetró en aquel antro de corrupción y de pecado.

Mientras tanto, en la calle se oían las terribles palabras del profeta:

—¡Huid de la ciudad! ¡Ay de aquel que se encuentre dentro de sus muros en esta noche de venganza!...

Pero su voz se esfumaba, ahogada por los gritos de los que iban entrando.

Mezclado con la muchedumbre, Jether se había introducido en el Templo y allí, desde

un sitio elevado, sus ojos buscaban ávidamente entre la multitud abigarrada y heterogénea a la mujer que le tenía loco.

El profeta, incansable en su santa y arriesgada misión, también había entrado en el palacio, decidido a no desfallecer procurando contener aquel loco desenfreno.

Tisha invitaba a todos a adorar a su diosa, y dando el ejemplo, exclamaba:

—¡Ishtar, dueña de los cielos y de la tierra, nosotros te veneramos!

Pero de pronto el profeta, que acababa de percibir un aviso divino, dejó oír su recia voz:

¡Vuestros ídolos os han abandonado!... ¡Mirad! la venganza del Cielo se acerca!

La gente, que no había advertido ninguna prueba de lo que afirmaba aquel hombre, no hizo caso y prosiguió en su desenfrenada diversión.

Mas el profeta continuó con voz de iluminado:

—¿No habéis oído?... ¡Dios ha hablado y os anuncia la destrucción de la ciudad!

Entonces, al ver que algunos ya empezaban

a prestar atención a aquel intruso, Tisha exclamó:

—¿Tan niños sois que os asustáis de las palabras de ese loco? ¡Apedreadlo!

Reaccionando, el pueblo acató los deseos de la sacerdotisa, arremolinándose alrededor del profeta.

Jether acudió en su defensa, pero poco hubo de hacer, pues súbitamente la cólera del Señor se encargó del castigo.

Desgarraóse las nubes, fulminando el rayo. Rugió el trueno. Cayó roto el ídolo, derribado por el poder divino. Quebráronse las enormes paredes, y las esbeltas columnas que sostenían las bóvedas de aquel palacio babilónico se derrumbaron con horroroso estrépito sobre la multitud aterrada y enloquecida, que huía en todas direcciones en la mayor confusión.

Pero todo intento de salvación era inútil: el fuego de lo alto destruyó a los que con más furia se habían entregado a la corrupción.



Al amanecer, apenas quedaba en aquel templo piedra sobre piedra.

De entre los escombros, salvados milagrosamente, salieron el profeta y Jether; este último sinceramente arrepentido y dispuesto a obedecer a su buen protector.

—Aún puedes volver a casa de tu padre — dijo el primero.

—No — repuso el joven —; no puedo volver a casa de mi padre, porque mi pecado ha sido muy grande... Pero yo quisiera ver a mi madre.

—Cuando no has pererido — insistió su amigo — es señal de que aún puedes reanudar la vida que dejaste al salir de tu hogar.

—Ah, Dios mío! ¡Deja que vuelva a ver el rostro querido de mi madre!...

Y, alentado por las palabras del buen hombre, emprendió el camino de su casa con el cuerpo fatigado pero con una gran ilusión en su alma por volver a besar a la santa mujer que le dio la vida.

Una gran hambre asolaba el país. Desde que saliera de la ciudad, Jether no había probado bocado.

En su peregrinación, llegó a la casa de un rico campesino, a quien le pidió algo de comer.

El hombre egoísta y sin entrañas, ordenó a su criado:

—Ya comerá, pero antes, que vaya a dar de comer a mis puerco.

Así lo hizo Jether, vigilado de cerca por el criado. El muchacho estaba exhausto. Ya no podía resistir más la mordedura del hambre. Recogió del suelo una algarroba para comerla ávidamente, pero el látigo impio del vigilante vino a surcar sus carnes flácidas.

¡Cuán horrible era su pecado para que se le considerara inferior a un cerdo!

Cubierto de lodo, Jether prosiguió su calvario hacia la paz y el amor de su hogar.

¿Sería bien recibido?

¡Oh! No podía dudar del amor infinito de su madre, bálsamo inquebrantable de todas las miserias humanas.

Pero, ¿y su padre?

Recordaba sus palabras de despedida y sentía un frío intenso agitarlo de arriba a abajo, cual si le hubiesen inyectado hielo.

Sin embargo, era tal su deseo de reunirse de su falta... necesitaba tanto el perdón de los suyos, que no titubeó en seguir adelante, dispuesto a todo para conseguir hacer olvidar su pasado a los que tanto le habían querido siempre y con los que de modo tan desagradecido se había portado.

Abandonó la granja del campesino que mandó que su trabajo fuese vigilado, y a pesar de haber sido tan impiamente tratado por el guardián, no pronunció la menor palabra de queja contra él. Perdonando a sus deudores — como reza el Padre nuestro — esperaba merecer el perdón de sus padres.

El camino era largo y penoso.

Mendigando, fué ganando terreno.

En su afán de ganar días, pues temía morir antes de ver cumplido el supremo deseo de reunirse con los suyos, daba larguísima caminatas, soportadas por verdadero milagro.

Y unas semanas después, convertido, por el cansancio y el hambre, en la sombra del mozo apuesto que antes fué, divisó Jether la hacienda querida, cuna de sus verdaderos amores.

¡Qué alegría encontrarse de nuevo entre lo que le era tan familiar, tan propio de sí mismo!

¡Qué hermosa y digna de ser vivida le parecía ahora la existencia en aquellos apacibles lugares, apacentando ovejas, y teniendo a su lado a sus padres y a Naomi!

¿Cómo pensaba ahora en la dulce doncella que tanto le había suplicado que no abandonase el hogar!

Timidamente, como temeroso de despertar la calma del adorado rincón, avanzó Jether hacia la casa, y al encontrarse en la puerta de la misma, la emoción que experimentó fué tan fuerte que, unida a la fatiga del penoso andar,

doblegó su cuerpo y lo echó pesadamente sobre el primer peldaño de la escalerilla de la entrada.

El hijo prodigo lloraba amargamente. Cubrióse el rostro con las manos, avergonzado de sí mismo, y no le preocupaba el dolor de sus heridas, que sus harapos dejaban al descubierto, sino de su dolencia moral, mucho más cruel.

Huldah, al salir casualmente de la santa mansión, vió a un joven con aspecto de mendigo tendido en la entrada, y se acercó solícitamente a él, para atenderle.

Jether, al sentir sobre sus hombros el contacto de unas manos suaves, descubrióse el rostro y lo volvió hacia su madre.

Huldah, al reconocer a su hijo, exhaló un grito de amargura y alegría a un tiempo.

—¡Hijo mío! ¡Jether amado!

Jether miró a su madre, sonriente, débilmente, y agotadas, a fuerza de tantas emociones, sus energías, reclinó su cabeza en el regazo de ella, que lo recibió con el más inmenso cariño que concebirse pueda, y cerró sus ojos para llorar de dicha.

Huldah elevó sus miradas al Cielo y murmuró, mojándose en lágrimas sus palabras:

—¡Gracias, Señor, por haberme devuelto a mi hijo!

Pasada la primera impresión de estupor y alegría, Huldah incorporóse al reaccionar Jether; puso en pie a su hijo, sin separarlo de su lado, y llamó a diestro y siniestro para que acudiesen todos a verle.

A los gritos de Huldah acudieron Josías, Naomi y Gaal.

Josías, al ver a Jether, apartóse de su lado, negándole el favor de una mirada piadosa.

En cambio, Naomi — como Huldah — experimentó la más inequívoca satisfacción, y dirigía alternativamente sus miradas al hijo prodigo y al padre inflexible, para consolar al primero y pedir piedad al segundo.

Gaal, por su parte, no se mostró duro, como anteriormente, con su hermano. El no era malo. Ninguno de los miembros de su familia llevaba en sus venas sangre miserable, y la horrible lección que el Destino había reservado a Jether le llenó de compasión.

Además, convencido Gaal de que cuanto hi-

ciera por obtener el amor de Naomi sería inútil, ya que ésta amaba con gran fervor a Jether apesar de su fuga, nutrió el rencor que



— ¡Gracias, Señor, por haberme devuelto a mi hijo!...

alimentara contra su hermano cuando confiaba en ser él — Gual — el que consiguiera el corazón de la doncella.

Si lo que él deseaba era la felicidad de

Naomi, loado fuese Dios de haberle devuelto a Jether.

Todos, pues, excepto Josías, perdonaban al hijo pródigo, quien, consciente de su culpa, acercósele y le dijo:

— Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado tu hijo.

Huldah esperaba que Josías abriese los brazos a su hijo, mas éste siguió inflexible.

En vista de esta actitud de su padre, Jether consideróse despedido para siempre del seno de la familia, y ya iba a alejarse de su santa casa cuando Josías, sintiendo de pronto herida su vista por un rayo de luz divina, alzó la mano al tiempo que erguía su frente hacia el Cielo, y dijo a Jether:

— ¡Hijo... hijo mío!...

Dios había mandado un aviso al padre severo para que salvase aún a la oveja descarriada; para que le amparase en sus brazos, a fin de impedirle que fuese cayendo en el abismo de la desesperación del que no saldría nunca más...

El pecho de todos se ensanchó de alegría.

cuando Jether fué abrazado por su padre, y este, llamando a sus trabajadores, les dijo que preparasen los mejores vestidos para ves-



—Padre, he pecado contra el Cielo y contra tí; ya no soy digno de ser llamado tu hijo.

Y con ellos a Jether, el mejor anillo para adornar su mano, y los mejores zapatos para calzar sus pies. Además, ordenó que matasen el becerro más hermoso para hacer banquete,

porque el hijo que murió había revivido, se había perdido y fué hallado...

Josías entró en la casa con su hijo. Sentóse



...y muy cariñosos todos, atendieron al cuidado del reaparecido, y Josías dióle su bendición.

Este en la larga mesa, y muy cariñosos todos, Huidah, Naomi y Gaal, atendieron al cuidado del reaparecido, y Josías, que también recupe-

reba la tranquilidad con el retorno de su hijo, dióle su bendición.

Y, en adelante, en aquel lugar hubo paz y alegría, y Jether casóse con Naomi, la doncella huérfana de la tribu, que supo amar como debieran saberlo todas las mujeres.

— FIN —

El viernes, día 31 de diciembre

Aparecerá el
N.º 257
extraordinario

en

La Novela Semanal Cinematográfica

¡SILENCIO!...

con la postal-fotografía-regalo de
GERTRUDE OLMSTED

Portada bicolor - 64 páginas -
Numerosas fotografías

¡Siempre las mejores películas!

Próximo número:

La gran superproducción FIRST NATIONAL

EL MUNDO PERDIDO

Creación de LEWIS STONE

NOVELA DE GRAN EMOCION

Portada bicolor 34 páginas

Numerosas fotografías

Sea usted coleccionista de Los Grandes Films
SIEMPRE LO MEJOR

UN EXITO ENORME

ha obtenido el 4.º libro de las

EDICIONES ESPECIALES

de

La Novela Semanal Cinematografica

La Princesa que supo amar

por Hugues Dufour y Charles de Roche,

con el que se trata la partitura musical del

"CANTO DE AMOR"

96 páginas + 16 páginas de fotografías

Portada a color

¡una verdadera maravilla! No deje usted de comprarla

LE RECOMENDAMOS

el lujoso

NUMERO-ALMANAQUE

DE

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

128 páginas de Cuentos literarios, Novelas cortas, Argumentos de películas (*El Pirata Negro, Los Miserables, Con gracia a porfía, El Aguila Negra, La niña de Florida*), Ecos y comentarios cinematográficos, Información, etc., etc. y 32 páginas de fotografías de artistas.

Total: 160 páginas

**Regalo de un álbum para las postales
del año 1926**

